

num 82

8

EL PACTO DE LAS CUATRO



Núm. 823

# El Pacto de las Cuatro

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

CARL FROELICH



PELICULA



DISTRIBUIDA POR

ALIANZA CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA S.L.

BARCELONA  
Provenza, 273

MADRID  
Mesonero Romanos, 2 y 4

Argumento narrado por

PUBLICACIONES CINEMA



## PRINCIPALES INTÉRPRETES:

INGRID BERGMANN . . . . .	<i>Mariana</i>
Sabine Peters . . . . .	<i>Catalina</i>
Carsta Löck . . . . .	<i>Lotte</i>
Ursula Herking . . . . .	<i>Francisca</i>
Hans Söhnker . . . . .	<i>Kohlund</i>
Leo Slezak . . . . .	<i>Profesor Lange</i>
Erich Ponto . . . . .	<i>Hintze</i>
Heinz Welzel . . . . .	<i>Martin</i>

### EN PREPARACIÓN:

*VOCACIÓN DE MARINO*, interpretada por  
JOEL MC. CREA y ANDREA LEEDS

TALLERES GRAFICOS  
VDA. M. BLASI - BARCELONA

PROHIBIDA LA  
REPRODUCCIÓN

## EL PACTO DE LAS CUATRO

### ARGUMENTO DE LA PELICULA

#### LAS CUATRO CAMARADAS

Mariana, Catalina, Lotte y Francisca son cuatro valerosas amigas a las cuales une, además del encanto de su juventud radiante y florida, unos mismos ensueños de arte y un idéntico afán de independencia.

Mariana es bella, es rubia y es una muchacha moderna llena de confianza y de amor propio.

Catalina tiene los ojos tristes, la nariz respingona, es sentimental y contempla con admiración a Mariana.

Lotte es, en cambio, fría y reflexiva; egoísta y práctica.

Y Francisca, de cabellos negros, es una artista llena de talento, para la cual nada cuenta fuera de su arte.

Las cuatro muchachas se han asociado para abrir un estudio de creaciones publicitarias, bajo el título «Las Cuatro Camaradas...».

Tomaron aquella decisión, en un prurito de independencia, antes de abandonar la escuela de dibujo; hartas de las amonestaciones de su joven profesor Kohlund, y para demostrarle a éste y a todos los hombres, que podían y sabían valerse por sí mismas.

Aquella mañana entraron las cuatro al estudio con la firmeza del que tiene resuelto su porvenir. Escucharían su última lección —¡por fin!— y después de recoger sus bártulos saldrían a la calle, ávidas de respirar el aire puro de su libertad escolar. La ciudad, el mundo, se les ofrecería a sus pies y les brindaría su apoyo para que las cuatro pudieran triunfar a su antojo ¡qué duda cabe! Eran jóvenes y bonitas; eran ambiciosas y eran artistas... Nada más se necesita para triunfar. ¡Adelante, pues! Subamos al estudio por última vez y veamos qué nos dice Stegan Kohlund, del cual era preciso despedirse a pesar de todo.



Las cuatro penetraron alborozadamente en el estudio, donde se hallaron con el profesor Kohlund que las estaba aguardando. Entre gritos de júbilo pasaron a recoger sus enseres, sus cuadernos de dibujo, sus batas... La risa prendía en los labios de una y seguían todas riendo sin motivo justificado, o quizá tomándose un adelanto por la libertad que iban a gozar desde entonces. El profesor Kohlund las miró severo y alzó la voz para imponer orden a aquellas cuatro cabecitas alocadas:

—¡Silencio! ¡Un momento de atención! — y como ellas continuaran en sus risas y exclamaciones, sin hacer mucho caso de sus palabras, repuso autoritario: —¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! Ya recogeréis las cosas más tarde. Todavía faltan cinco minutos. Tengo tiempo de daros unos consejos.

—Milagro sería —exclamó Francisca—. El consabido discurso.

—Usted será dueña de su voluntad dentro de poco, señorita Francisca —repuso gravemente Kohlund—. ¡pero aún soy su profesor! No tengan tanta prisa. Después de estar aquí cuatro años, ¿no os ha quedado un átomo de paciencia para esperar aún unos cuantos minutos...? ¿Creeis que fuera os esperan con tanta impaciencia...? Comprended bien lo que voy a deciros: La vida es muy áspera, y el arte alocado. Vivir exclusivamente del arte es difícil; especialmente para ustedes. Tengan ustedes esto muy en cuenta, señoritas.

—¿Habéis oído? —preguntó Lotte, burlonamente a sus compañeras.

Estas habían cesado en sus gritos y en sus risas, adoptando ante el joven profesor una actitud entre sumisa y atenta, por lo que aquél continuó:

—Mi teoría sobre la falsa ambición de las mujeres les es a ustedes de sobra conocida.

Mas, como observase que Mariana le miraba fijamente, paró en seco el discurso, y exclamó dirigiéndose a ella:

—¡No me asesine usted con los ojos!

—¿Yo...? —disculpóse Mariana, entre las risas contenidas de las demás.

—¡Demuéstreme lo contrario —prosiguió el profesor— y me daré por convencido! Ahora hay que lanzarse valientemente a la lucha. Hay que dar salida a las obras. Es necesario venderlas para ganarse el sustento. Mirad a vuestro alrededor. Aquí se os han enseñado los secretos del arte, cosa que no todos pueden comprender. ¡Mirad allá! —y les señalaba los grandes ventanales esmerilados—. ¿Qué veis tras los cristales...? Pues veis nada menos que Berlín. ¡Berlín! Nuestra hermosa ciudad. ¡La capital de la gran Alemania...! Pues bien: ¡en ella está vuestro sustento, vuestro porvenir, vuestra dicha!

—¡Bravo! ¡Bravo! —exclamaron las muchachas, batiendo palmas.

—¡Profesor! —repuso Catalina.

—Diga.

—¿Quiere usted honrarnos esta noche asistiendo a nuestra fiesta de despedida...? Habrá su poquito de baile y todo.

—Lo siento mucho, pero esta noche no puedo.

—¡Oh! ¡Oh, Mariana! —rió Catalina—. ¡Dice que le es imposible asistir a la fiesta!

—¡Pero, Kate! —contestó la interpelada—. ¡Recuerda que tenemos que ir al aula!

El profesor intervino.

—Señorita Mariana.

—¿Desea usted algo?

—Esta noche pienso irme de Berlín y...

—¿Ah, sí? ¿Se va usted definitivamente?

—Sí. A Dresde. También para mí ha concluido la escuela lo mismo que para usted. He sido nombrado jefe de propaganda en una fábrica de cigarrillos. Empiezo mañana.

—¿Y...? —interrogó Mariana.

—Antes de que nos sepáremos —prosiguió Kohlund— tengo necesidad de decirle a usted algo muy importante.

—Sí; ya entiendo —atajóle la muchacha—. Buenos consejos. He sido muy buena, muy aplicada, he demostrado mi amor al estudio. Ahora... Eso en arte significa poco. Y usted no cree que yo llegue nunca a ser nada. Pues bien; yo también quiero decirle algo; algo interesante, ahora que ya no es usted mi profesor.

—Gracias a Dios. He aguardado esta hora con verdadero afán.

—¿Qué hora?

—Esta en que ya no es usted mi discípula; en que no cometo ninguna falta de disciplina...

Y se le atragantó la voz. Posó su vista inquieta alrededor de las tres compañeras de Mariana. Ellas comprendieron y, discretamente, se apartaron cerca del ventanal para contemplar el panorama de la ciudad. Mariana, deliciosamente intrigada por el silencio repentino de su profesor, repuso para darle ánimos:

—¿Decía usted...?

—Decía... que no cometo ninguna falta de disciplina si le digo que... la quiero con toda mi alma y que estoy dispuesto a casarme con usted en seguida. Para mí es usted, como mujer, el número uno; lo que no impide que, como dibujante, tenga el concepto de que se merecía usted, a lo sumo, el número nueve mil novecientos noventa y nueve.

—¿Ah, sí...? —contestóle ella con un gesto de asombro—. ¿Y ha sido usted capaz de decirme esto después de cuatro años de trabajo...? ¿De estudio...? ¿Sabe usted lo que es eso? ¡Pues una villanía!

Y haciéndole un mohín gracioso a su profesor volvióse a



sus compañeras que seguían contemplando el panorama de la ciudad y celebrando con risitas burlonas la inesperada declaración de amor del joven Kohlund.

Pero el joven Kohlund no se desanimó por ello. Conocía bien a sus discípulas y sabía que, a pesar de su aparente frialdad, existía en el corazón de ellas un deseo de agradar, de querer y ser queridas; y como no era posible declararse a las cuatro, optó por Mariana; la más voluntariosa, la más rebelde —y quizá, también, la más bella— con la secreta esperanza de domar su corazón y hacérselo suyo; como suyo se había hecho el ideal de su arte que tan pacientemente le había inoculado en sus horas gratas de estudio.

Mariana, después de todo, había resultado una discípula ejemplar. Inteligente y original; con un concepto moderno de la decoración. Con ideas propias, que a veces pugnaban con las del mismo profesor. Pero Kohlund, en vez de rechazarlas de plano para no herir la susceptibilidad de su discípula, las rodeaba de fantasía artística para que tuviesen realidad práctica. Ello servía para darle más trazo en sus dibujos y mayor aplomo en sus concepciones. También Mariana se había dado cuenta de la paciencia de su profesor, pero su amor propio y su coquetería se gozaban en hacerle rabiar cuando en sus dibujos la nota original pecaba de extemporánea.

Lo cierto es que Kohlund admiraba a su discípula. Quizá su admiración, más que para la artista, era para la mujer en ciernes que se adivinaba en la juventud de aquella chiquilla adorable. Todo influyó para que se decidiese a declararle su amor terminado su apostolado. Mas ella no había respondido a sus deseos... No se desanimaba después de todo. Estaba seguro que llegaría su hora y entonces sabría ella el tesoro de ternuras que puede albergar el corazón de un profesor joven para una discípula voluntariosa y bella.

Las cuatro muchachas se despidieron de Kohlund. Ya en la puerta, la mano de Mariana quedó atenazada durante breve intervalo entre las de él.

—Bueno, maestro —advirtió Mariana—; ¡supongo que dejará usted que me lleve mi mano!

—¡Ah, sí! —murmuró Kohlund, desprendiéndose de ella—. Tome usted su mano. Pero no olvide usted lo que le tengo dicho: como mujer, el número uno; como dibujante...

—Sí. El mil novecientos y pico; ya me lo dijo antes.

—Bien; pero usted no me ha dicho qué piensa sobre mi proyecto matrimonial.

—Pues pienso... ¡que tenga usted un buen viaje!

—Lo tendré si usted me acompaña.

—¡Ta, ta, ta! —contestó Mariana, dirigiéndose a la escalera.

—¡A lo menos hasta la estación! —rogó Kohlund.

—¡Mariana! ¡Mariana! —gritaron sus compañeras desde abajo.

—¡Adiós, maestrillo! ¡Y que sea usted bueno!

Y mientras Mariana pasaba a reunirse con sus compañeras que la aguardaban en la acera de la calle, Kohlund se dirigió a recoger su pequeño equipaje y prepararse para su partida a Dresde en el rápido de las nueve de la noche.

La estación de Willemestasse estaba situada al oeste de la capital. A ella se llegaba por una ancha avenida de altos edificios iluminados todavía a aquella hora. Los comercios se habían cerrado ya, pero permanecían los escaparates de las tiendas mostrando entre sus cristales sus focos de luz abiertos. Sólo los establecimientos de bebidas, cafés, cervecerías y restaurantes permanecían abiertos y mostrando en su interior un movimiento de colmena. Los autos pasaban raudos por la calzada, rebrillando sus focos entre el asfalto húmedo de la avenida.

Kohlund llegó a la estación cuando el enorme reloj de su torre señalaba las ocho y media. Le quedaba media hora todavía. Tenía tiempo de pasar al bar. Encaramóse en uno de los altos taburetes del mostrador, y pidió una copa de coñac.

Mientras iba saboreando el líquido reconfortador atisbaba la puerta de entrada, esperando ver aparecer de un momento a otro la silueta de su discípula. La estación iba llenándose de viajeros y el mostrador del bar de clientes apresurados que bebían y pagaban, recogiendo rápidamente sus maletas para dirigirse al andén. Se oía el trepidar de la locomotora; unos pitos, unas señales... y en el bar no quedaba más que Kohlund con su aire avizor, petrificado como una estatua de sal.

A poco se oyó la voz de un empleado ferroviario:

—¡Señores viajeros al tren!

Kohlund saltó apresuradamente de su taburete, abonó su consumación y con las maletas en la mano se dirigió al andén. Mas, al volver la vista, vió entrar a Mariana por el ancho vestíbulo de la estación. Rápidamente se dirigió a ella.

—¡Mariana!

—¡Oh, usted! ¡Apresúrese! ¡El tren va a marchar!

—Espere un momento. ¡Mariana! ¡Por fin ha venido!

—He venido sólo para decirle...

—Ha hecho usted muy bien en venir...

Algunos viajeros rezagados pugnaban por entrar en el andén y tropezaban con la pareja que se había estacionado en mitad de la puerta.

—¡Haga el favor de no empujarme! —dijo uno de ellos a Kohlund.

—¿No ve usted que estoy hablando con una señorita? —



contestóle el joven al viajero malhumorado.

—¡Eso no es razón para molestar a todo el mundo! — replicóle aquél.

—¡No tengo tiempo de discutir!

El reloj de la estación señalaba las nueve y la máquina del tren empezaba a lanzar resoplidos y a emanar columnas de humo.

—¡Que se le va el tren! — observóle Mariana.

—Deje usted que se vaya. Diga, Mariana: ¿ha pensado usted algo sobre lo que le dije?

—Sí; he pensado algo.

—¿Y...?

—¡Y he venido únicamente para decirle que es usted un presumido y un necio y que yo sola sabré abrirme paso!

—Bien; pues no discutamos más y hasta la vista, Marianita. ¡Y no se olvide en otra oportunidad de quitarse el delantal!

Y Kohlund saltó rápido al andén para tomar uno de los vagones del tren que ya empezaba a emprender su marcha.

Desde la puerta todavía le vió Mariana, mientras él sacaba la cabeza por una ventanilla saludándola con la mano.

—¡Adiós, adiós! — dijo ella, correspondiendo a su saludo.

Con paso vacilante salió de la estación. Entonces se dió cuenta de que no se había desprendido todavía del delantal de trabajo en su afán de correr a despedirse de su joven profesor. Lo que más le molestaba a Mariana es que él lo hubiese notado. Pero ello no significaba ninguna clase de interés por Kohlund... ¿Qué se habría creído...? Se interesó por él en calidad de discípula agradecida y nada más. De momento, ni le interesaba Kohlund ni ningún otro hombre. Tenía sus estudios, su dedicación a todos sus esfuerzos y estaba segura de triunfar, su ambición, su afán de ser libre y de vencer en la vida, sin necesidad de apoyarse en el brazo de ningún hombre.

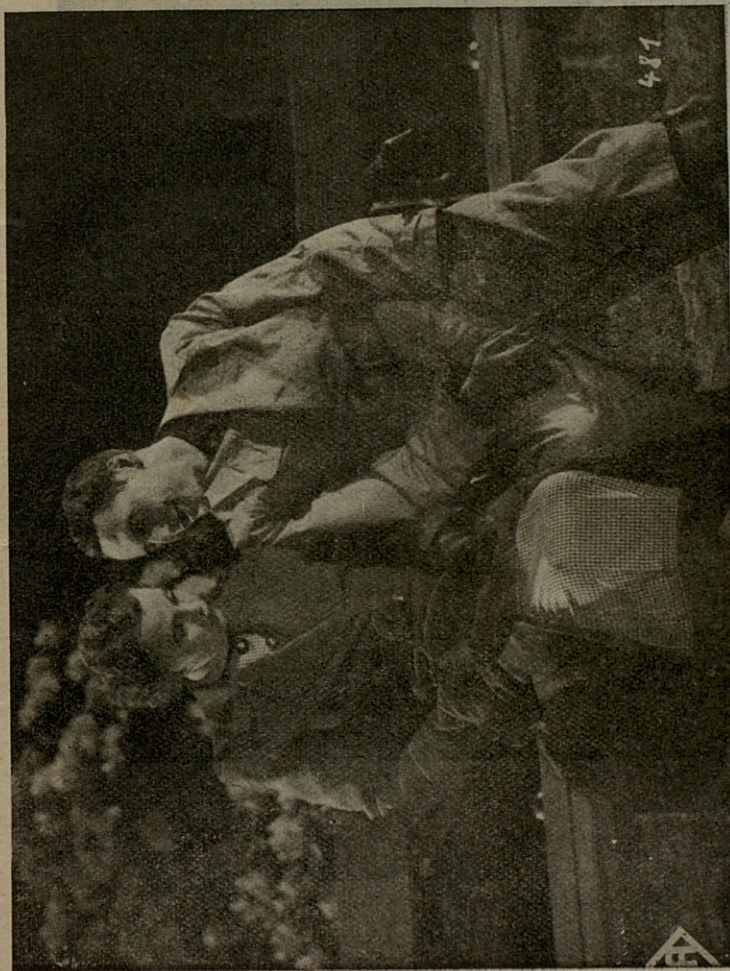
Paso a paso se dirigió a su casa. La noche había cerrado por completo. Por el camino tropezó con varias parejas de enamorados. Mariana les veía pasar con conmiseración.

—¡Qué tontos...!

Al cabo de media hora había llegado a su pisito, y mientras se desnudaba para acostarse iba pensando en los planes de su nueva vida.

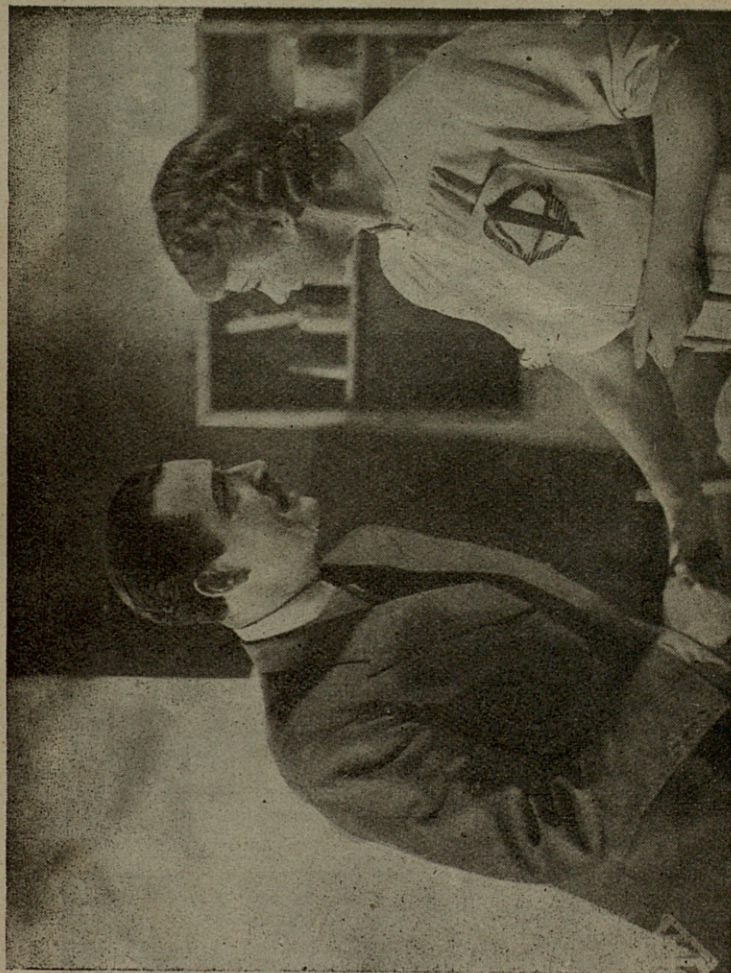
## AMANECER A LA NUEVA VIDA

Apenas durmió. Un insomnio pertinaz la tuvo desvelada toda la noche. En la oscuridad veía aparecer mil sombras fantásticas que le iban señalando el camino a seguir: recorrería almacenes, oficinas, despachos, redacciones de periódicos. Ha-



Catalina calló, pero él proseguía hablándole de amor.





Kohlund entró en la tienda y la primera con que se encontró fué con Catalina.

bilitaria su pequeño estudio de manera que pudiera recibir los mil encargos que, indudablemente, le harían. Inundaría de dibujos la ciudad, ganaría mucho dinero y su nombre como cartelista se haría famoso. Entonces podría vestir elegantemente, concurrir a exposiciones, ganar premios... ¡en fin! ¿Y después? Después quizá sería llegada la hora de pensar en el amor. Pero no en el que pudiera inspirar un profesor cualquiera; ni en un hombre del mismo gremio. ¡Nada de compañerismos! La vida marcaba su índice hacia las alturas y su talento y su belleza conquistarían lo demás.

A la mañana siguiente el sol alboreaba en la pequeña ventana de su cuarto. Se levantó y arreglóse su frugal desayuno y una vez compuesta con su mejor vestido se echó a la calle.

Iba sonriente y decidida como un conquistador a la victoria. En la página de anuncios de un periódico había leído una dirección y a ella se encaminaba. Subió a una agencia de publicidad, pero había hecho tarde. Estaban ya servidos. Apenas si pararon atención en su porte y en sus dibujos; mas no por ello se apenó: visitaría otras casas e indagaría nuevos caminos donde poder ofrecer su trabajo.

Todo el día se lo pasó yendo de zoco en colodro. Las redacciones tenían exceso de dibujantes; los almacenes no necesitaban, y en la mayor parte de las oficinas ni la dejaban penetrar siquiera con el pretexto de que aquel día no podían atender solicitudes de trabajo.

Al cabo de tres días de deambular por la ciudad, cansada y con el corazón desesperanzado, penetró en un edificio de nueva planta en el que se hallaba instalada una agencia de publicaciones. Después de largo rato de hacer antesala fué acompañada al despacho del jefe, que la recibió muy amable, quizá con un exceso de galantería; pero no era cosa de fijarse en detalles en aquellos momentos. Lo esencial es que había logrado ser recibida y, por las muestras, deducía que iba despertando interés su proposición.

El jefe de propaganda escuchó detenidamente a Mariana y se hizo cargo de sus deseos. Ella le mostró algunos dibujos como prueba de su aptitud. El jefe se interesó por ellos y, al fin, decidió hacerle encargo de unos dibujos.

—Le hago el encargo —le hizo observar el jefe— sólo a título de prueba. Después, si usted demuestra su capacidad, su aptitud, ya veremos. ¿Me ha comprendido usted, señorita?

—Sí, señor; perfectamente.

—Lo interesante en los dibujos para la casa, es que en éstos haya figura, línea. Las curvas, sobre todo, es lo que más me importa —y aquí el galante jefe guiñábale un ojo maliciosamente—. Porque las curvas están siempre llenas de peligros, tanto en las mujeres como en las carreteras, y los hombres al verlas han de sujetar el volante.

—De acuerdo, señor —contestaba Mariana, maquinalmente.



—Siento no poder ofrecerle más por ahora, pero si sus trabajos nos satisfacen...

—¿Más adelante, no es eso, señor? —interrumpió ella—. Ni soy exigente ni puedo serlo. De todos modos, gracias.

Con galantería extrema el jefe la acompañó a la puerta del despacho mientras le hacía las últimas observaciones.

—Puede usted estar completamente segura, señorita, de que yo tendría muchísimo gusto en serle a usted útil, aunque no fuera en...

—Muchas gracias —atajóle Mariana, que adivinaba sus intenciones—. Por hoy ya he tenido bastante suerte.

—Es que una muchacha como usted, señorita...

—Tan joven y tan linda —le interrumpió ella— merece tener suerte. ¿No iba usted a decir eso?

—Cierto, cierto.

—Dicen todos igual.

Mariana descendió rápida la escalera, abrumada por la mosconería de aquel galante jefe de propaganda, y se dirigió a su casa, sino satisfecha por completo, contenta al menos por haber alcanzado su primer trabajo de encargo.

Al día siguiente Mariana volvió a la oficina a entregar sus dibujos y se repitieron las abrumadoras solicitudes del galante jefe. Al cabo de unos días éste intentó pasar de las solicitudes a vías de hecho, a lo que ella no transigió de ninguna manera. Entosces vino la proposición declarada: ella ascendería; dibujaría menos y ganaría mucho más. Su porvenir estaría asegurado mientras fuera complaciente con él. Mariana se negó en absoluto.

—Muchas gracias. No necesito protecciones de tal índole.

—Entonces... —replicó él secamente—. Lo lamento mucho, pero por hoy no tenemos más encargos.

Salió a la calle maldiciendo de su destino. ¡Otra vez sin trabajo! La vida no se le presentaba tan sonriente como había imaginado, ¡que le íbamos a hacer! Otra vez se dedicaría a la búsqueda de encargos, y con la esperanza puesta en Dios y en sus esfuerzos de muchacha voluntariosa se dirigió hacia las grandes avenidas que en aquellos momentos bullían de animación. Al trasponer la calzada divisó a su amiga Catalina que, apresuradamente, venía en dirección adversa.

—¡Kate!

—¡Mariana! ¡Tú...! ¡Qué casualidad tan agradable! ¡Quién podía esperarse esta sorpresa...! Hace ya mucho tiempo que no nos veíamos.

—¡Ah! Mucho, sí... Pero dime, pequeña: ¿dónde vas?

Catalina le dio la dirección de adónde se dirigía. La habían llamado para encargarle unos dibujos y, posiblemente, se quedaría en la casa si su trabajo era del agrado del jefe de propaganda.

—Yo vengo de allí —contestóle Mariana.

—Te han encargado algo, ¿tal vez?

—Efectivamente —mintióle ella, compadecida de la buena fe de Catalina.

—¿Y a un precio decoroso?

—Sí.

—Me alegro que hayas sido tú quien lo ha conseguido, y te felicito.

—Muchas gracias. Pero estoy contrariada... Quizás te lo he quitado a ti. A ti, precisamente.

—¡Oh! No te preocupes por ello.

—¿Trabajas por tu propia cuenta?

—Sí. ¿Y tú?

—También.

—Supongo que te dará muy buen resultado.

—Magnífico. Juzga por ti misma. No hago más que gastar las suelas.

—Ves; ¡a esto no hay derecho...! Cuatro años siendo amigas tan íntimas, tan entrañables...

—Y ahora sin saber nada una de otra, como si no nos hubiéramos conocido... ¿Qué sabes de Lotte y Francisca?

—¡Lotte! Lotte está bien. Ha conseguido una colocación. Está empleada en una oficina que hay junto a la estación de Friedrichstrasse.

## EL PACTO DE LAS CUATRO

Ambas amigas se dirigieron camino de la estación. Era la hora de salida de los talleres. Cerca de la Friedrichstrasse se hallaron a boca de jarro con Lotte que salía de su oficina. Catalina al verla no pudo disimular su admiración y exclamó:

—¡Qué bien vistes, chica!

A lo que arguyó Mariana:

—No es extraño, con su situación.

—¿Situación has dicho...? —exclamó Lotte.

—¿No tienes un empleo muy bueno? —preguntó Catalina.

—¡Oh! Para morir de aburrimiento —contestó la interpelada.

—No digas.

—Deberías estar saltando de alegría, Lotte —dijole Mariana.

—Oh, sí. Dibujar letras durante ocho horas al día. ¿Quieres nada más fastidioso, di?

—Pero las letras eran tu fuerte, precisamente.

—Y que eso será al comienzo.

—¡Bonito comienzo...! Siguiendo así acabaré volviéndome



estúpida. ¿Y sabéis cuánto me pagan? ¿No...? Es preferible que sigáis ignorándolo.

—Lo que me gustaría saber —preguntó Mariana—, es cómo se desenvuelve Francisca.

—Si queréis, vamos a su casa —arguyó Lotte—. Yo sé dónde vive.

—¡Sí, sí! Vayamos a verla —exclamaron Mariana y Catalina. Seguramente tendrá una gran alegría.

Las tres amigas penetraron por el laberinto de calles adyacentes a la avenida, en una de las cuales se hallaba la casa donde había montado su estudio de pintura su ex compañera de estudios, Francisca. Esta tuvo una gran alegría de verlas por su casa y se apresuró a enseñarles el pequeño taller, en cuyos rincones veíanse algunos cuadros esbozados y multitud de dibujos por las paredes.

—¿Qué tal? —preguntó Mariana.

—Muy bien.

—¿Eres tú feliz, al menos, Francisca? —interrogó Lotte.

—¿No tenéis otra cosa en qué pensar? —contestó ella.

—En este momento, no —interpuso Mariana—. Contesta: ¿lo eres?

—Del todo... —contestó ella sin mucha convicción.

—Hum... —arguyó Lotte.

—Lo suponía —exclamó Mariana—. Te felicito.

—Muchas gracias. ¿Y a vosotras? ¿Qué tal os va a vosotras?

—¡Oh! ¡A nosotras no nos puede ir mejor! —dijo riendo Lotte.

—¡Y tanto...! —exclamó Catalina burlonamente.

—Desde luego —recalcó Mariana.

—Os felicito a mi vez.

—Gracias, gracias. ¿No tienes más cuadros?

—¡Oh, claro!

—¿Y les das salida? —preguntó curiosa Lotte—. ¡Entonces estás muy bien!

—Naturalmente que les doy salida —contestó Francisca con un dejo de ironía en sus labios—. Uno, lo tiene el panadero dos, el carnicero; tres, el pescador; cuatro, el administrador de la casa... Tan sólo la Compañía de la Electricidad no se interesa lo más mínimo por el arte. Y yo gasto petróleo, ¡naturalmente!

Estaban en el momento de las confidencias. Mariana comprendió que también Francisca estaba a punto de sucumbir en la lucha, y le preguntó compasiva:

—¿Con que hambrienta...? ¿Estás igual que nosotras...?

—¿Cómo? ¿También tú...? —exclamó Francisca—. ¿Acaso a vosotras os va mal también...?

Mariana contestó por todas:

—¿Para qué hemos estudiado cuatro años, si ahora no podemos ganarnos el pan?

La pizpireta Lotte se irguió y tomó la palabra dirigiéndose a sus compañeras:

—Señoritas: ustedes carecen de aptitud. Vale más que se casen.

—¡Sólo nos faltaba eso! —exclamó Mariana—. ¡Rendirse a discreción ante el enemigo!

Catalina, más comprensiva, preguntó a Francisca:

—¿Ya no haces bocetos?

—¿Para tener que ir a ofrecerlos al mercado —contestó la aludida— a un precio muchísimo más bajo que las manzanas picadas...? ¡Gracias...! En eso sí que podría ayudarme alguna de vosotras.

—El ir a chalanear con el arte es lo más molesto —arguyó Catalina.

—Hoy, precisamente —dijo Mariana—, le he quitado a ésta un encargo, sin querer.—Y señalaba a Catalina—. ¡Mala suerte!

—Cállate, mujer —contestó Kate—. ¿Eso qué importa? Lo importante es que haya sido una de nosotras cuatro la que lo logró.

—¿Una de las cuatro...? —Y a Mariana empezó a bullirle una idea por el cerebro.

—¡Sí; una de las cuatro.

La idea que, repentinamente, se le ocurrió a Mariana se iba precisando. Así que, maquinalmente, preguntó de nuevo:

—¿Una de las cuatro...?

—¡Sí; una de las cuatro —exclamó Lotte esta vez.

—Una de las cuatro... —iba repitiéndose Mariana, ante la estupefacción de las demás—. ¡Sí! ¡Oh... sí! ¡Qué buena idea!

Y, dirigiéndose a Francisca, le preguntó señalando unos dibujos:

—¿Qué es eso...?

—Pues unos garabatos hechos sobre el mejor papel. Te advierto que me cuesta dos peniques nada menos...

—Eso no son garabatos —exclamó entusiasmada Mariana—. ¡Eso es oro! ¡Oro de ley! ¡Es una fortuna...!

Ante aquel entusiasmo intempestivo, sus compañeras creían que se había vuelto loca. Lotte le contestó burlona:

—Sí. ¡La cuadratura del círculo!

—Eso es. ¡La cuadratura del círculo! —Y atrayéndolas hacia sí, mientras iba zarandeándolas de una a otra, continuó:— Fundaremos una gran casa de publicidad. Francisca, hará los bocetos. Catalina y Lotte, los ejecutarán; y yo, haré los pedidos. ¡Eh! ¿Qué os parece...?

—Trato hecho —contestó Francisca por todas.

—¡Sí —prosiguió Mariana—. Somos cuatro. Somos cuatro camaradas... ¡Mi cuadrilátero dentro de un círculo! ¡He ahí nuestra gloriosa marca!



Las cuatro muchachas batieron palmas alborozadamente ante la proposición de Mariana. ¡Lo que no se le ocurría a ella...! Al fin podrían realizar su ambición de ser libres y ganar dinero y notoriedad con sus dibujos. La vida les sonreía de nuevo ante la idea de poner en práctica aquel proyecto tan felizmente sugerido en aquellos momentos de depresión. ¿Quién dijo pesimismo...? ¡Adelante! Desde aquel momento jurarían el pacto de mutua ayuda. A trabajar en comandita y a no dejarse vencer por amores ni amoríos. Como soldados que se aprestan a la lucha, así ellas, llevando como armas sus lápices de colores, sus pinceles, sus batas de trabajo y sus notas de pedidos, seguirían adelante guiadas por la fuerza de su juventud y la ilusión del trabajo hasta conseguir el vellocino de oro que las permitiría gozar de una vida libre, feliz, sin zozobras económicas y sin complicaciones sentimentales.

—¡Guerra a los hombres! ¡Viva la libertad! — exclamó Mariana.

—¡Viva! ¡Viva! — repitieron las demás a coro.

#### EN EL MUNDO DE LOS NEGOCIOS

Nos hallamos en Dresde, capital de Sajonia, a orillas del Elba, en una de cuyas fábricas de cigarrillos el profesor Kohlund fué nombrado jefe de propaganda.

Sus dotes personales se captaron inmediatamente la confianza de la dirección y en ello no anduvo equivocada, pues el antiguo profesor de dibujo, desde que tomó posesión de su cargo, viene desplegando una actividad y un conocimiento tales en el negocio que son el encanto de la comandita.

Para el mayor prestigio de la marca, se ha ideado un concurso —obra personal de Kohlund— de carteles anunciadores de los cigarrillos que elabora la fábrica. A dicho concurso pueden tomar parte todos los dibujantes cartelistas de Alemania. No se les exige otra cosa que buen gusto y originalidad en la concepción de sus bocetos. Todos los periódicos han publicado las bases y las recompensas para los carteles que resulten ganadores.

Esta mañana, Kohlund, está despachando con su secretaria en el despacho de la fábrica. Un montón de cartas sobre la mesa del despacho de Kohlund da idea del interés que ha despertado el concurso entre los dibujantes cartelistas del país. Todos precisan detalles, prometen su actuación al concurso, piden datos especiales... Kohlund, satisfecho por el interés despertado entre los artistas del cartel, sigue abriendo cartas y más cartas. De pronto, se para ante el contenido de una

de ellas. Su secretaria le ve sonreír mientras está leyendo. De pronto, exclama, mientras le muestra la carta:

—¡Qué cosa tan chusca! Vea usted lo que dice esta carta: «No hay quien compita con nosotros en calidad, prontitud y precios. Si nosotros le anunciamos a usted, usted triunfará». ¡Ya! —comenta Kohlund, mientras suelta el trapo de la risa—. ¡Si no en calidad, por lo menos en osadía; no hay quien compita con ellas! — Y dirigiéndose a su secretaria, le ordena: Escriba usted: «Tomamos buena nota de la fundación de su joven firma y les brindamos a ustedes la ocasión de tomar parte en nuestro concurso. Y que...» el texto de siempre, ya sabe usted. «Sirvanse mandar sus trabajos a nuestras nuevas oficinas de Berlín. No se reciben en modo alguno visitas personales. Se les informará por escrito».

—¿Y la dirección? — preguntó la secretaria.

—Vea esto — contestó Kohlund, mostrándole el membrete de la carta.

—¿Cuatro camaradas?

—Sí.

—Es original. ¿No le parece...?

—Sí. La marca debe ser la única originalidad.

—¿Y quién ha firmado?

—¿Quién firma...? ¡Cuatro camaradas! Bueno. Vamos a otra cosa.

En el estudio que Mariana, Catalina, Lotte y Francisca habían improvisado en uno de los arrabales de Berlín, reinaba aquella mañana gran algazara. Hacían vida en común y habían improvisado sus camas en la única habitación amplia del estudio, con vistas a un patio de vecindad.

Hacía un buen rato que el despertador sonaba impertérrito y las muchachas seguían arrebujaadas bajo sus sábanas. Francisca fué la primera en incorporarse.

—¡Maldito sea el reloj! —dijo, pegándole un manotazo al despertador—. ¡Oh! Estaba soñando que me daban el Premio Nacional.

—¡Imposible! —exclamó Lotte, sacando la cabeza por el cobertor de la cama—. El Premio Nacional me lo están dando ahora.

—Sí —contestóle Francisca— y a esa otra la están haciendo emperatriz.

La aludida —que no era otra que Mariana— se incorporó súbitamente, exclamando:

—¡Vamos, gandulas! ¿A cuándo esperáis para abrir los ojos?

—Yo no me siento bien del todo — contestó Lotte.

—¡Ah! La marquesita —dijo, riendo, Francisca—; tiene jaqueca. Le llevaremos el desayuno al lecho para que no se moleste.

—¡Estúpida! — replicóle Lotte, malhumorada.



Catalina se había levantado ya y regresaba de la cocina con un tarro humeante y unas cartas en la mano.

—El café está listo —gritó a sus compañeras—. Además, hay correo.

—¡Oh! ¿Para mí? —exclamó Lotte, quitándole una carta de la mano. Y leyendo la estampilla, prosiguió—: ¡De Dresde! ¡La ciudad de mis ensueños!

—Esta no es para ti —dijole Catalina, entregándole otra de las cartas—. Ahí tienes la tuya.

—¿Contribuciones? ¿Qué quieren de mí, las Contribuciones?

—Dinero, dinero y sólo dinero. —Y alargando la otra carta a Mariana, —dijole—: Toma; ésta para ti.

—Para mí, no —replicó ella después de leer la dirección—. Es para la firma.

—Como viene de Dresde, supuse que sería para ti.

—¡Podría ser de Kohlund, es claro! —objetó Lotte.

—¿Y qué? —replicó Mariana.

—Tiene razón —intervino Francisca—. ¿Y qué? ¿Quién es el señor Kohlund...? Nos escribe a todas; no la escribe a ella. Lo hemos borrado de nuestro corazón, y si alguna vez nos traicionamos y soñamos con él, también soñamos que somos reinas de Saba. Ya lo dijo el gran clásico español: «Y los sueños, sueños son».

Mientras tanto, Mariana había abierto la carta y, mostrándola a sus compañeras, les dijo:

—¿A que no acertáis qué es eso?

—¿La petición de boda? —contestó picarescamente Lotte.

—Escuchad: La carta no es de Kohlund. He aquí nuestra gran ocasión. La fábrica de cigarrillos abre un concurso para lanzar al mercado una nueva marca.

—¿Y lo hemos ganado? —preguntó ingenuamente Catalina.

—Aún no —contestó Mariana con firmeza—, pero lo ganaremos. ¡Qué duda cabe! Se trata de un gran concurso en el que nosotras tomaremos parte.

—Bueno, ¿Y eso es todo? —preguntó desilusionada Francisca.

—¡Le darán el premio a otro! —exclamó Lotte.

—Pero, ¿qué flaqueza es esa? —les interrumpió Mariana, irguiéndose entre las dos—. ¡Querer es poder! No olvidéis eso. ¡Vamos! ¡Ah! Ya sé que en los primeros tiempos no han salido bien las cosas. Ahora es distinto. ¡Ah! ¡Estoy más contenta! ¡Esta es la ocasión que yo aguardaba con tanto afán! Se trata de un asunto importante. ¡Nada de mezquindades! Ahora probaremos de lo que somos capaces las cuatro juntas. El mundo se rendirá maravillado a nuestras plantas. Invertiremos en los bocetos todo nuestro capital. ¡Hasta el último penique...!

—¡Oye, oye! —le interrumpió Lotte—. ¿Y con qué pago entonces la Contribución?

—¡Oh! La Contribución puede esperar —le replicó Mariana, siempre optimista—. Ha esperado tanto que bien puede esperar un poco más. Nuestros estatutos dicen: «Todos los intereses particulares habrán de ser sacrificados ante el interés social».

—¡Ah, Mariana! ¡Qué gusto si se realiza! —contestó Lotte.

—Tendremos celebridad y fortuna —continuó Mariana—. Cumpliré mi promesa. No podemos atender a tantos clientes. Nuestros anuncios serán conocidos en el mundo entero. Y en la fachada de nuestra casa habrá un rótulo cuyas letras de oro, gritarán: ¡Las cuatro camaradas!

Ante el entusiasmo desbordante de Mariana, todas saltaron de gozo. Una lluvia de optimismo cayó sobre ellas y, dándose el brazo alegremente entonaron a coro un himno a su futuro triunfo.

## ...Y LOS SUEÑOS, SUEÑOS SON

Aquel futuro triunfo tan ansiado y que ellas ya tocaban con las manos tardaba en llegar. Tardaba tanto, que se conoce que había perdido el tren y desearía venir a pie por lo lejano que se vislumbraba. Mientras tanto, los gastos se acumulaban y los ingresos de las cuatro ascendían a cero cero. ¡Aquello era la catástrofe! Ante los apremios de la oficina de Hacienda, Lotte no tuvo más remedio que comparecer allí una buena mañana. Entró en la oficina vacilante y cabizbaja, donde fue recibida por el consejero Hintze, el cual le preguntó:

—¿Qué desea?

—Yo, nada. Usted me ha mandado esto —y le mostraba el recibo de apremio.

Hintze miró detenidamente a Lotte; después repasó el papel que ella le presentaba, y exclamó:

—¡Aquí dice pagar al tercer día, no a las seis semanas!

—Es que yo... —repuso tímidamente ella.

—¡Seis meses de recargo! —contestó Hintze, malhumorado.

—Es que no tengo dinero.

—No siga. Ya conozco ese cuento. ¡A mí con esas...! —y se señalaba un ojo con gesto de pillín—. ¡Aunque no tenga un penique, tiene que pagar la Contribución! Seis semanas de retraso... ¡Increíble...! ¿No le da vergüenza...? ¿De qué vive usted, si no tiene nada?

—Soy accionista de una razón social.

—¡Ah! Pero entonces... Entiendo. Su casa está...

—¡De capa caída, sí, señor! Hace seis semanas que esperamos un encargo. Yo ya dije que podíamos esperarlos sentadas.



Hemos invertido en los bocetos todo nuestro dinero. ¡Y no veremos ni un penique...!

—Ya. ¿Y su patrimonio particular?

—Perdido. ¡Voló! Treinta y ocho marcos que tenía ya ahorrados...

—¿Treinta y ocho marcos nada más? ¿Era su fortuna...? Dígame: ¿Qué clase de razón social es esa?

—No es una razón, sino una locura social; por no decir que es una catástrofe. Tampoco hemos pagado el alquiler. Si esto sigue así, yo no sé dónde voy a poder dormir.

—¿Pero es que no tiene usted ni siquiera cama en que descansar?

—Si yo hubiera podido adivinar las consecuencias no habría prestado tal juramento.

—¿Qué juramento?

—El de nuestros estatutos.

—Ah, pero... tienen ustedes estatutos?

—Y muy severos. Yo no puedo casarme siquiera sin la expresa autorización de la casa, con sello y firma. Item más: Nos está prohibido hasta enamorarnos. Tuvimos que jurarlo las cuatro. ¡Y lo juramos sobre nuestras cabezas!

—¡Oh —exclamó Hintze, riendo—. Sobre nuestras cabezas...! ¡Es decir, sobre las cabezas de ustedes! Yo no sé si mi cabeza es suya o mía. ¿Pero no representa eso algo así como un voto de castidad...?

—Eso es; usted lo ha dicho. Un voto de castidad hecho a Mercurio. ¡Ese dios horrible que lleva un sombrero con alas! Comprenderá usted, después de eso, que no pueda pagarle la Contribución...

—¿La Contribución...? —murmuró el consejero, que empezaba ya a interesarse por aquella muchacha de rostro pícaro—. ¡Ah, sí! Naturalmente. En tales circunstancias...

—¿No es verdad, señor funcionario —y aquí, Lotte, le asaltó con una de sus más bellas sonrisas— que ya no se hablará más del asunto...?

Ante el silencio complaciente de Hintze, Lotte le alargó su diminuta mano, añadiendo:

—Muchas gracias por todo. Hasta la vista.

El funcionario le retuvo la mano con un escalofrío de emoción. Con ojos encandilados iba contemplando a Lotte. Al fin, le contestó:

—¡Esto es algo inimaginable! Pero, ¿por qué no se libra usted de las redes de esa firma y procura ser...

—¡Oh! ¡Los estatutos...! —repuso Lotte, con un mohín gracioso.

—Yo le aconsejaría —terminó Hintze, ya francamente interesado— que se saltase bonitamente los estatutos y contrajese usted matrimonio con un hombre formal y serio, y funcionario a ser posible...

—No hablemos de eso, señor funcionario... No hablemos de eso... Hasta la vista.

La dulce Catalina andaba también triste y cariacontecida por el fracaso de sus negocios en comandita. No tenía dinero ni nada que empeñar. Al fracaso de su arte se unía el de su juventud, sola y sin objeto. El porvenir se le mostraba incierto y no quería pensar lo que podría acontecerle de proseguir aquella mala racha. Hondamente preocupada salió del estudio aquella mañana para dirigirse... no sabía dónde. Encaramóse al primer autobús que le salió al paso y se sentó cerca de la ventanilla. Por ella se veían los transeúntes en su andar agitado de colmena, distrayéndose viéndoles pasar y se entristecía considerándoles a todos más felices que ella...

El cobrador la sacó de aquel ensimismamiento.

—¿El billete, hace el favor?

Catalina oteó en su bolso. Puso la mano en su interior y la sacó vacía. No traía dinero.

—Escuche... —rogó tímidamente al cobrador—. Es que no llevo dinero encima.

—Entonces, ¡páese en la próxima parada!

Catalina bajó la cabeza avergonzada. El cobrador siguió la recaudación entre los demás viajeros. Un muchacho alto, de porte simpático, le largó unas monedas:

—Uno de enlace. —Y tomando el billete lo ofreció a Catalina.

—Muchas gracias. Me apeo en seguida.

—No importa. Tómelo usted.

Paró el autobús y el cobrador anunció:

—¡Leipzigstrasse! —y dirigiéndose a la muchacha la conminó—. Oiga. Ahora puede usted apearse, señorita.

Catalina iba a levantarse del asiento, mas el joven la detuvo.

—Tenga —y le entregó el billete del pasaje, que ella inconscientemente tomó, presentándolo al cobrador.

—¡Ah! Bien. Todo está en orden. Puede continuar el viaje.

Catalina miró al joven con ojos de agradecimiento. Antes no se había fijado en él. Ahora veía que se trataba de un muchacho cuya simpatía irradiaba de toda su persona. El la miró también sonriente, y en aquel momento el coche pegó un frenazo que hizo perder la estabilidad del joven, que iba de pie, haciéndole caer poco menos que sobre la muchacha. Incorporóse súbitamente, disculpándose ante ella:

—Perdone.

—De nada.

—¿Le he hecho daño?

—No, no...

La conversación siguió indecisa hasta la terminación del



viaje de Catalina. Al apearse ella él se empeñó en acompañarla. La muchacha no se atrevió a desairar a un muchacho tan bueno y tan buen mozo. Por el camino trabaron conversación, cada vez más animada. Ella se enteró que se llamaba Martín y que vivía solo, como ella. Hablaron de muchas cosas. De los árboles, de las flores, de los niños y de las poesías de Heine. Al final, la conversación de ambos fué a parar a lo mismo: al amor. Entonces ella calló temiendo dar un mal paso. Pero él proseguía, cada vez más insinuante, hablándole quedo al oído: —Amor, amor, amor...

Catalina regresó al estudio con el corazón inquieto y se dejó caer, pensativa, sobre un sillón desvencijado. Así permaneció largo rato sin darse cuenta que Lotte y Francisca andaban a su alrededor. La primera, arreglándose unos rizos que pugnaban por desprenderse de su sien. La otra, estaba dibujando sentada frente un caballete. Catalina intentó incorporarse, pero Francisca la detuvo:

—¡Quieta! ¡Quieta! Si no te estás quieta no acabaré nunca. No falta casi nada...

—¿Ah, pero, me copiabas a mí? — preguntó Catalina.

—Llevas media hora como una estatua de sal, sin darte cuenta de nada absolutamente de lo que pasa a tu alrededor. Anda, vuelve a ponerte allí.

—Está enamorada — exclamó Lotte, ante el ensinuamiento de Kate.

—No digas tonterías... — contestó ella sin mucha convicción.

Mientras eso ocurría, la intrépida Mariana se había dirigido a las oficinas en cuya central habían convocado el concurso. Desde que habían presentado su obra nada sabían al respecto y estaba ansiosa de conocer el fallo. Después de largo tiempo de hacer antesala, decidió penetrar al departamento de la secretaria. Esta, que vio entrar a Mariana, le preguntó:

—¿Dónde va usted?

—Llevo esperando una hora.

—No importa. Si desea ver al jefe tiene que seguir aguardando. Le tiene muy ocupado el concurso.

—De eso se trata. Hace dos meses que esperamos una respuesta.

—Lo siento mucho. La recibirá usted por escrito. Aguarde.

—No puedo esperar más.

—Pues no sé qué decirle. El señor Kohlund no puede atenderla ahora.

—¿Quién ha dicho usted...? — exclamó Mariana, asombrada.

—El señor Kohlund. ¿Le conoce usted?

—No, no... —contestó balbuciente a la secretaria—. Le conozco de nombre solamente. Yo creí que estaba en Dresde.

—Estuvo, en efecto; pero ahora está aquí, señorita. ¿Quiere decirme su nombre?

—No, no es necesario —balbuceó Mariana, retirándose—. No me conoce. Gracias por sus informes, señorita.

Mientras Mariana, sumamente contrariada, regresaba al estudio, en éste había ocurrido una novedad. El viejo profesor Lange, cuyos pinceles en su juventud habían adquirido cierta notoriedad, había decidido visitar a las muchachas —sabedor de su estado precario— en atención a los buenos ratos que le habían hecho pasar en la escuela de Kohlund, cuando él iba allí por las mañanas a visitarle.

Francisca, Lotte y Catalina le recibieron alborozadas.

—¡Qué alegría! —exclamó Kate—. Otra vez el profesor aquí.

—¡Hurra! ¡Nuestro papá Noel! — gritó Francisca.

—Llega usted muy oportunamente — le dijo Lotte.

—Chiquillas —sentenció el viejo profesor—. Cuando tanto os alegra que haya venido, es señal de que las cosas no os van bien.

Ellas le contaron que, efectivamente, las cosas hasta aquel momento no se deslizaban a medida de sus deseos, pero que no habían perdido todavía la esperanza.

—¡La esperanza nos mantiene! — exclamó Lotte con ironía.

—Sí, pero no nos da materiales para nuestro trabajo — dijo Kate.

—Todo se andará —contestóles bonachonamente Lange—. Precisamente a eso he venido. Ahí os traigo algo de lo que os hace falta.

—¡Oh! ¡Papel! —exclamó contenta Francisca, deshaciendo un envoltorio que le había entregado Lange—. ¡Gracias a usted podré dibujar!

—Esta mañana conseguí sustraerlo del almacén.

—¡Nos toma por tontas! —dijo Lotte a sus compañeras—. Ya sabemos de qué almacenes lo sustrae.

—¿Y esto otro —preguntó Catalina, refiriéndose a un paquete que asomaba en un bolsillo del profesor— de dónde lo sustrajo?

—Esto son pinceles desechados por mis colegas. Podéis aprovecharlos vosotras — y les entregó el paquete.

—¡Pero si están completamente nuevos! — contestó admirada Francisca.

—Lo parece, pero no. Son usados — mintió bondadosamente Lange.

—¡Profesor, es usted un ángel! — exclamó agradecida Catalina.

—¿No lleva usted escondido también algo comestible, profesor? — preguntó la desenvuelta Lotte.

—¡Calla, mujer! — replicó Catalina.



—Estas cosas son muy útiles; pero no alimentan — arguyó la otra.

—¿En tan mala situación estáis, criaturas? — preguntóles compadecido el profesor.

—Ya usted lo ve — contestó Catalina —, pero paciencia. Mariana traerá algo seguramente. Ha salido a ofrecer unos dibujos nuestros.

Llamaron a la puerta y una de las muchachas fué a abrir. Era Mariana, que penetró pausadamente en la habitación con ojos tristes.

—Buenas noches — dijo, sin fijarse en el profesor.

—¡Mariana!

—¿Oh, usted aquí...?

—El señor Lange es muy bueno y no nos olvida — díjole Francisca.

Catalina y Lotte le preguntaron impacientes:

—¿Qué hay? Di.

—¡Nada! — contestóles Mariana, bajando la cabeza.

—¡Mala suerte! — exclamó Francisca.

El bueno de Lange intervino cerca de Mariana para consolarlas:

—¿Y quién es esta vez el cretino que comete la herejía de no admitir vuestros trabajos?

—El jefe de publicidad de la fábrica de cigarrillos «Equis y Zeda» — contestó Catalina.

—¿De la «Equis y Zeda»? — exclamó admirado el profesor. — ¡Pero si es vuestro maestro! ¡Kohlund!

—¡Es posible! — arguyó Catalina.

—Pues, claro que sí.

—¿El señor Kohlund? — preguntó Lotte, incrédula.

—Creíamos que estaba en Dresde — repuso Catalina.

—No, señor; ahora está aquí — afirmó Lange —. ¿No lo sabíais?

—Nosotras, no — contestó Francisca por las tres. Y dirigiéndose a Mariana, que permanecía callada, le preguntó: — ¿Y tú?

—Tampoco.

—Mañana mismo iré a hablarle — propuso el profesor.

—No... ¡Se lo ruego! — exclamó Mariana.

—Pero... ¿Por qué no, criatura?

—¡Porque la que irá a verle seré yo!

Lo dijo con tal decisión que Lange creyó prudente no insistir. Largo rato acompañó la velada de aquellas muchachas, alentándolas en sus proyectos y dándoles ánimos para que no desfallecieran en su labor.

—¡La vida es dura y da muchos golpes — les decía —, pero hay que ser valiente y saber encajarlos!

¡Demasiado lo habían aprendido ellas! El golpe duró de la vida les había caído encima sin darse cuenta. ¡Pero sa-

brian defenderse! Su juventud no podía malograrse a pesar de aquella serie de contratiempos que la suerte les había deparado. Para el día siguiente, Mariana se hizo el propósito de luchar a fondo y estaba decidida a pelear a brazo partido con la suerte hasta dejarla tendida a sus pies, a disposición de ella y de sus compañeras de fatigas y de ilusiones.

Todas aprobaron su entereza y el viejo profesor las bendijo en nombre del arte, que tarde o temprano, premia a los que sueñan en él.

## ARTE, NEGOCIOS Y AMOR...

Al día siguiente Mariana se personó de nuevo en la oficina de publicidad. Vuelve allí, a pesar de saber que el jefe es Kohlund, pues los intereses de las cuatro amigas deben anteponerse a sus asuntos personales.

La secretaria insiste cerca de Kohlund de que está fuera esperando la señorita que ayer venía por el contrato del cartel.

Kohlund, malhumorado, da orden a la secretaria para que pase de una vez aquella visita.

—Peor para ella — se dice —. Estoy con un genio del diablo. Y lo que es el contrato no se lo lleva. ¡De eso, ni hablar!

Se abre la puerta del despacho y entra Mariana decidida.

—Buenos días.

—Buenos días. Siéntese usted. ¿Qué desea? — De pronto se da cuenta de la muchacha y exclama alborozado: — ¡Chiquilla!

—Disculpe, señor Kohlund esta insistencia — contesta ella sin darse por aludida —. El caso es que ayer estuve también aquí a verle, pero como estaba usted tan ocupado...

—¡Un momento, un momento! — replica él alegremente —. Empecemos por lo más interesante. Y para mí ahora lo más interesante es mirarla... ¡Si no puedo creer lo que ven mis ojos! ¿Usted viene a verme a mí...?

—No tenía más remedio. Es preciso que...

—Ante todo — interrumpe Kohlund —; ¿cómo le va a usted? La verdad.

—Bien. He tenido suerte. Y usted, ¿qué tal?

—Nada más que regular y gracias. ¡Mariana! ¡La pequeña Mariana! La encuentro un poquito más delgada, pero...

—Yo vengo solamente a hablar de negocios... — interrumpe ella.

—¡Siempre la misma! A hablar de negocios... Entendido. Pues hablemos de negocios ya que usted así lo quiere. ¿Un cigarrillo?



—No, gracias. Pues, bien, mi visita es para tratar del cartel.

—¿Qué cartel?

—Para el concurso de la nueva marca. Se lo ruego. Véalo usted con atención.

—¡Pero si eso es un asunto concluido! Hemos admitido otro cartel.

—¡Ah! — exclamó Mariana, casi a punto de desplomarse.

—¿Qué le pasa? ¿Se siente usted mal?

—No, no es nada. Quizás el dolor... y el vaho de la comida... Yo suponía...

—Ya sé lo que usted suponía. Que habiéndole ofrecido mi nombre, no vacilaría en otorgarle el contrato.

—¿Por qué razón es usted tan intransigente conmigo?

—Porque no quiero que nos unan relaciones comerciales precisamente. Esa es la razón. Desde que dejamos de vernos, mi criterio no ha cambiado. La admiro como mujer, pero no como artista. Y ya estamos riñendo.

—No he venido a eso.

—Ya sé. Ha venido a tratar un asunto comercial.

—¡Dios mío! — murmuró Mariana, tambaleándose.

—¿Qué le sucede? — y acudió solícito a cogerla—. ¿No se encuentra bien...?

—No. Déjeme usted...

—¡Oh! ¡Mariana!

—¡Ay! No he probado un solo bocado en todo el día...

¡Oh! Buenos días. — Y salió del despacho, dejándola atónita a Kohlund.

—¡No es eso! —dijose él al hallarse solo—. Yo no soy un libertino. ¡Hace un año que quiero casarme con ella y, ahora, no le he preguntado siquiera su dirección!

Al regresar al taller, Mariana ve una bandera que ondea, izada en el pararrayos. Es una camisa de noche y anuncia la primera victoria de las cuatro amigas, al obtener la publicidad de la casa X. Y. Z. sin ayuda de persona alguna, porque Kohlund no sabía quienes eran «las cuatro amigas».

Catalina fué la primera en saludarla al entrar.

—¡Mariana! ¡Albricias! ¡Honor a las triunfadoras...!

—¡Gloria al artista! — repetían alborozadas Loite y Francisca.

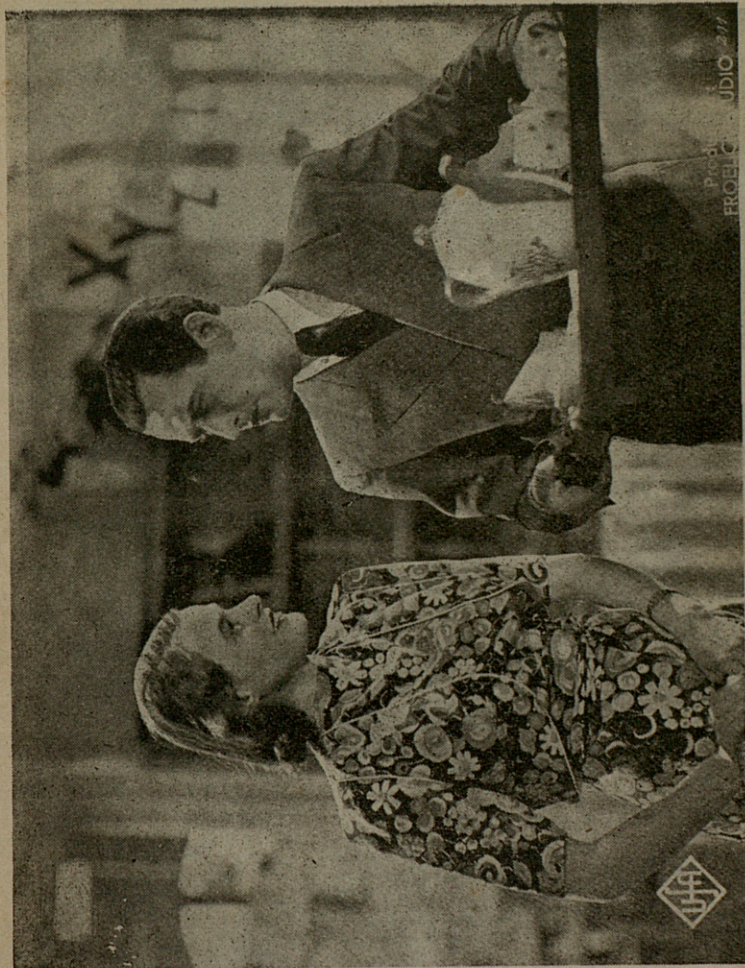
—¿Es que os habéis vuelto locas? — exclamó Mariana.

—¡Mariana! —contestóle Catalina—. ¡Después que hemos empavesado la terraza en honor tuyo...!

—¡Y te brindamos el vino de honor por el encargo! — dijo otra.

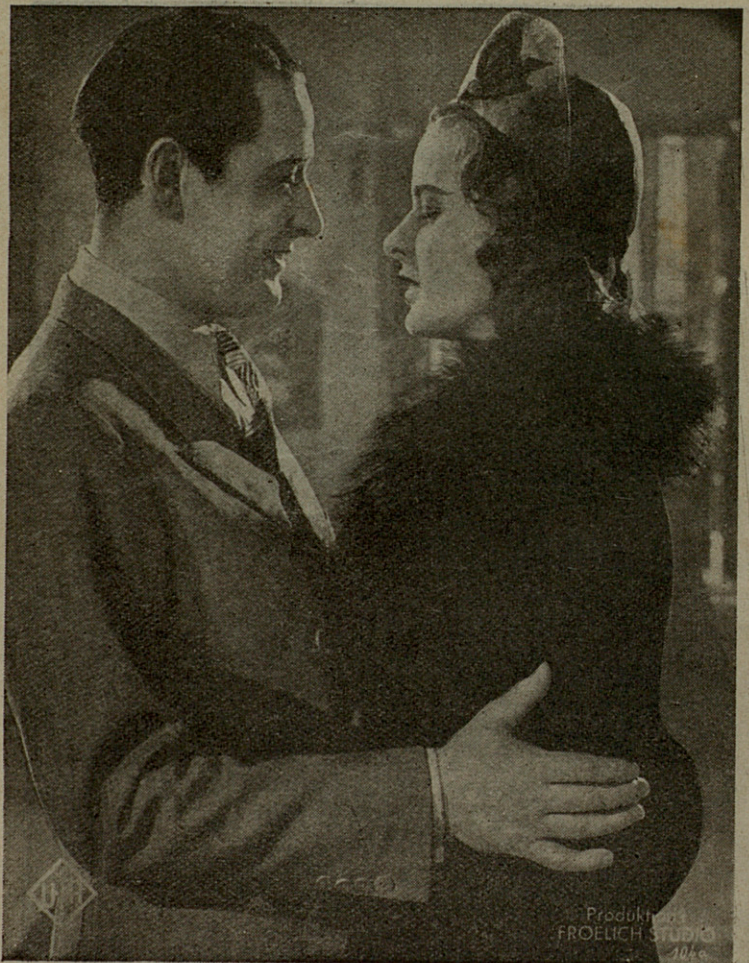
—¡No, no! —repuso Mariana—. No hay tal encargo. Todo está perdido.

—¿Cómo que no hay tal encargo? —replicó Francisca, mostrándole una carta—. ¿Y eso, qué es? Y por correo urgente.



— Siento decirle que sigue usted tan presumido como le conocí.





El amor dominó, por fin, sobre todos los pactos, edades y negocios.

Mariana, en el colmo de la perplejidad, le arrebató la carta y se puso a leerla con avidez, mientras iba exclamando:

—Cierto... cierto... No hay duda: «A la Agencia de Publicidad. «Las Cuatro Camaradas». — Está bien claro. — «Distinguidos señores: En nuestro poder sus bocetos, tenemos el gusto de manifestarles que quedan admitidos para su publicación. Falta sólo tratar las condiciones. Sirvanse ustedes llamarnos por teléfono.—Stegan Kohlund». ¡Al fin se ha conseguido! ¡Y por nuestros propios méritos! ¡Vamos a telefonarle inmediatamente!

Las cuatro amigas bajaron a la calle saltando los escalones de dos en dos. Una vez en la cabina telefónica, Francisca cogió el aparato y se lo dio a Mariana.

—Trae —dijo esta, saltándole el pecho de contenta—. Al habla. «Cuatro Camaradas». Sí, señor; somos mujeres. Sí, sí. Quedará usted satisfecho de nosotras. Permítanos expresarle nuestra sincera y profunda gratitud por su preferencia. Un momento, señor. Catalina se puso al aparato:

—Oiga... ¡Aquí, al habla, Kate Winter! ¡Y Lotte Waag! Un momento. Aún hay otra. ¿Cómo...? También el diablo con gafas, dice usted...? Sí, señor director. Aguarde —y entregó de nuevo el auricular a Mariana, mientras le decía contentísima—: Se va a caer sentado cuando le digas quien eres.

—Mariana Krug. Sí, señor Kohlund. Usted no quería en modo alguno tener relaciones comerciales conmigo. ¿No es verdad? ¡Pero yo... yo me alegro de tenerlas con usted!

Cogió el auricular sin aguardar la respuesta y las cuatro camaradas salieron a la calle dándose el brazo con aire de triunfo.

—Mariana —dijo Lotte—. Ayer, la miseria; y hoy...

—Ya pasó —contestó ella complacida—. No hay que recordarlo. Ahora hemos de estar siempre reunidas.

—Siempre —exclamaron todas—. ¡Lo hemos jurado!

—Por encima de nuestras cabezas —apoyó Catalina.

—¡Y no enamorarnos sin el consentimiento de las otras tres!

—Sí; cierto —contestó Mariana—. Y aunque somos de carne, yo... yo os juro camaradas...

—¡No! —replicó vivamente Francisca—. Juramentos, no; que luego se falta a ellos.

—Yo los cumplo siempre —repuso Mariana—. No os dejaré por nada. El interés de la casa por encima de todo. ¡Jurado!

—¡Jurado! —exclamaron las demás extendiendo los brazos.

—¡Propongo ir a una confitería! —dijo Catalina entusiasmada.

—Nada de eso —arguyó Mariana—. No hay que comerse



las ganancias. Hay que invertirlas en el negocio. ¡Estoy tan contenta que sería capaz de abrazar a cualquiera!

—No hay inconveniente —dijo un transeúnte que la oyó al pasar—. Yo consiento en que usted me abraza, señorita.

—Ya supongo en que usted no se opondría —contestóle Mariana.

—Claro que no —dijo él.

—¡Don Juan Tenorio con hongo! —exclamó riendo Francisca.

—A usted no la dejo que me abraza —contestóle el señor.

—¡Dios me libre! Cacarea usted como una gallina...

—¡Gallo; no lo olvide, gallo!

Las risas de las cuatro compañeras atronaban la calle. De aquella conformidad fueron recorriendo las avenidas de la ciudad, que desde entonces les pareció más bella; el sol más radiante y la vida más apetecible.

El primer sorprendido por aquella aventura fué Kohlund. Después de su conversación telefónica con las muchachas se dio cuenta de ello. Resultaba que el premio, que era la concesión del contrato, había sido concedido a ellas. ¡A ellas, en cuyo frente estaba Mariana!

—¡Claro! —se dijo—. El cartel con las cuatro muchachas chatillas. ¡Qué tonto yo al no dar con ello!

Desde la concesión del premio la vida de las cuatro muchachas deslizábase con mayor holgura. Podían comer, vestir y acicalarse. El trabajo no faltaba y los encargos iban cumpliéndose con rigurosa meticulosidad. Mariana creyó oportuno alquilar una bonita tienda en la Kurfuerstendamm, donde mandó instalar un bonito letrero luminoso con la inscripción de «Las Cuatro Camaradas». Fué un éxito. No obstante, Francisca se negó en absoluto a abandonar la antigua buhardilla donde tantos ratos malos y buenos habían pasado las cuatro amigas. En ella, en secreto, iba cultivando sus afanes de pintora —más que de cartelista— con la esperanza de tomar parte en la próxima exposición.

La vida de las muchachas desde aquel momento tomó otro rumbo. Instaladas en la nueva tienda iban cumpliendo sus contratos de una manera mecánica, algo aburrida, pero sin zozobras económicas.

## LA VIDA SIGUE

También la tranquilidad cansa, según dijo el clásico. Las cuatro amigas trabajan con entusiasmo. Mariana se ve al frente de un negocio y por segunda vez rechaza casarse con Stegan Kohlund. Pero sus tres amigas cada día están menos

animadas. Lotte se ha enamorado de un empleado del Ministerio de Hacienda, pues prefiere el casamiento a la publicidad. La dulce Catalina festeja con un ingeniero. Se encuentran con frecuencia, hasta el día en que Catalina confiesa, llorando a su amiga, que espera un hijo. Y Mariana no puede hacer otra cosa que casar a los dos jóvenes.

No queda más que Francisca. Pero ella también se ha independizado. El cuadro que ha pintado en secreto merecerá lugar de honor en la Exposición. Se titula «Las Cuatro Amigas» y representa la enérgica Mariana, la dulce Catalina, la materialista Lotte y la artista Francisca, que no quiere ya dibujar más carteles.

Aquella tarde las muchachas estaban inquietas. Mariana no podía adivinar por qué, pues para ella no existía más afán que la labor del trabajo y el crédito de su establecimiento.

—¿Qué despacio va hoy el reloj —murmuró Catalina—. Las siete menos cuarto...

—No lo mires tanto —contestóle Mariana—. Tenemos que acabar el trabajo. ¿Dónde estará Francisca...? ¿Y Lotte...? Ve a ver que hace por ahí dentro.

Pero Catalina se encontró en la puerta con el ingeniero Martín —el muchacho del autobús— que, cansado de esperarla, se decidió entrar a preguntar por ella.

—¡Martín!

—¿Llevo una hora esperándote!

—Debiste aguardar abajo.

—Está lloviendo, y tardabas.

—¿Llueve?

—Como que con este tiempo no podemos ir a ninguna parte, he comprado entradas para el cine. ¿Qué te parece?

—Yo me quedo a trabajar.

—¿No vienes al cine?

—No te das cuenta que es preciso que me quede esta tarde...?

—Está bien. Esto no se hace conmigo más que la primera vez. Eso, tenlo bien por seguro; primero, el plantón, y ahora aquí está tu entrada. Tú verás lo que decides. ¡Vaya un taller!

Catalina le dejó marchar, pero prometiéndole encontrarse con él por la noche en el cine. ¿Que otra cosa podía hacer si le quería...?

Por su parte, Lotte, estaba también intranquila. Sabía que Hiatze, el funcionario de Hacienda, la aguardaba en otro lugar y había pasado con mucho la hora de la entrevista. ¡Cómo estará el hombre! Por fin, terminado el trabajo, Lotte



fué a verle a su casa. Le halló de un humor de mil demonios.

—¡No se acerque a mí! —dijo él al verla entrar.

—¿Tan enojado está usted conmigo...?

—No, no; de ningún modo... —contestó Hintzer, más caimado.

—Se ha resfriado usted por culpa mía. Debe usted acostarse. Aquí hay mucha corriente.

—¿Acostarme...? Soy soltero y vivo solo. ¿Usted comprende...?

—¡Oh! ¡Perfectamente! Usted necesita quien le ayude a pasar el catarro que ha cogido por culpa mía. Yo le ayudaré. Gracias a Dios, veo que vino no le falta.

—Afortunadamente, soy abstemio.

—No importa. Me lo beberé yo. ¿Dónde está la cocina?

—La segunda puerta a la izquierda. Pero...

—Aguarde. Voy a calentarle algo. Vuelvo en seguida.

Hintzer la dejó hacer encantadísimo, y lanzando un fuerte estornudo se dijo entre sí: ¡Cómo se preocupa por mí esta chica!

Al poco rato regresó Lotte de la cocina con una taza humeante.

—Bébase usted eso. Le hará bien. ¿Verdad que está rico?

—¡Fenomenal! —exclamó Hintzer, después de sorber el contenido de la taza—. El catarro voló como un pajarito. ¿Sabe lo que es usted? ¡Pues es usted una samaritana moderna!

—¡Qué amable! ¿No le molesta que no hayamos podido ir al concierto?

—Para concierto el nuestro... Schubert. La Inacabada. ¡Bah, bah! A veces me ocurre que podría yo acabarla.

—¿La Sinfonía o su carrera?

—Todo. En mi vida todo es inacabado, cortado, incierto. Todo está a medio hacer. Ya ve; soy soltero.

—¿Y qué tiene que ver eso con la Sinfonía Inacabada?

—Pues que sólo los casados están acabados. ¿Tendría usted inconveniente, señorita Lotte, en que yo la librase, por el momento, de pagar todos los impuestos que tanto la agobian...?

—¿Pero si eso ya lo hace y estoy muy agradecida?

—Lo que yo quiero decir es que no tenga ya que pagar nada, porque haya otro que pague por usted. ¿Está claro?

—¡Ah! Quiere usted decir que pagaría por mí los impuestos...

—Le suplico que lo acepte. Le cabe a usted al menos la tranquilidad de que para mí no sería ningún gravamen, ya que me ahorraría, en cambio, el impuesto de soltería. Y perdón si he sido demasiado osado.

—No lo crea. Pero nunca pude pensar en una declaración tan burocrática.

—Como es la primera vez que lo hago...

—Pero, dígame: ¿me quiere usted un poquito...?

—¡Estoy que muerdo los adoquines!

Francisca seguía pintando en silencio. En su buhardilla únicamente recibía la visita del viejo profesor Lange, que veía en ella, además de una verdadera discípula de Apeles, una muchachita hacendosa y espiritual. Esta tarde, Francisca y Lange hablaban confidencialmente.

—Si Mariana supiese que estoy trabajando aquí y por mí cuenta, ella que me esperaba en su taller para pintar carteles...

—Remordimientos...? —preguntó Lange.

—No. Mientras las cosas nos fueron mal, trabajé por todas. Hoy ya debo pensar en mí. ¿No tengo razón?

—Claro, claro... Es necesario mirar por sí mismo si quiere uno llegar a ser algo.

La tienda de «Las Cuatro Amigas» ha ido en crescendo. Al fin, Kohlund decide hacer una visita a las cuatro muchachas; no sea más que en recuerdo del tiempo agradable que convivió con ellas.

Kohlund entró en la tienda y la primera que se encontró fué con Catalina, a la que encontró llorando.

—¡Qué gracioso! —exclamó—. ¿Qué pasa? ¡Yo que pensaba que aquí hasta los pinceles se pasaban el día bailando de gozo!

—¡No le diga usted a Mariana que he llorado, por Dios! No se lo diga usted.

—Descuida. No se lo diré.

En aquel momento apareció Francisca, que pasó a saludarle.

—¡Ah! ¡El fabricante de cigarrillos!

—¡Hola! ¡Encantadora Francisca! —saludó Kohlund—. Ya me ha dicho el profesor Lange que en la próxima Exposición...

—Por Dios —atajóle ella—. Esto no debe saberlo nadie. Quiero guardar el secreto. ¡Sobre todo no se lo diga usted a Mariana!

—Descuide. No se lo diré —contestó Kohlund, asombrado. En aquel momento apareció Lotte.

—¡Oh! ¡Qué sorpresa! ¡Señor Kohlund!

—¡Hola! Le guardaré el secreto —contestó él al verla.

—¿Cómo...? —repuso extrañada Lotte.

—Eso que Mariana no debe saber.

—¡Oh, sí...! Y, ¿cómo lo sabe usted...?

—¡No, no! —contestó riendo Kohlund—. ¡Ahora que... veo que en la sociedad reina una confianza ilimitada!

Mariana apareció con cara de pocos amigos. Al ver a Kohlund con las muchachas, sólo le ocurrió preguntarse:

—¡Qué raro! ¿Qué es lo que sucede aquí hoy?



—Sí —objetóle Kohlund—; yo también quisiera saberlo. Buenos días, señor gerente. Vengo sólo a asuntos de negocios.

—Ya. ¿Y qué es ello? —contestó muy seria Mariana.

—Nada. ¿Le parece poco negocio para mí poder verla?

—No puedo atenderle.

—No se ponga así, Mariana.

—¿No le he prohibido a usted venir a verme?

—Me encanta lo prohibido.

—¿Qué desfachatez!

—Me gusta la organización de la oficina. Vendré con frecuencia.

—Organice cuanto quiera. No me molesta.

Previamente, Kohlund, había mandado traer unas tazas de café con las que invitar a sus cuatro ex discípulas. Mariana aceptó la atención a regañadientes; sus compañeras la aceptaron complacidas. Kohlund hizo servir el aromático moka en una mesita aparte con Mariana.

—Siento decirle que sigue usted tan presumido como cuando le conocí —díjole Mariana, una vez se hallaron apartados de los demás.

—Tiene usted razón —contestó él sin inmutarse—. Soy muy antipático. ¿Otro azúcar...?

—No, gracias. Sé mejor que usted de asuntos domésticos.

—Ya que hablamos de cosas domésticas —repuso Kohlund, con su tranquilidad habitual—, le advierto a usted que yo desayuno muy fuerte. Almuerzo a las doce, puntualmente. Y entre horas me llevo a la oficina un termo así lleno de cacao, hasta arriba, y unas pastas que me preparará mi querida esposa.

—¿Quién dice...?

—¡Tú misma! ¡fierrecilla! ¡Eso es! Y ten bien seguro que es la última vez que te propongo casarnos.

—¡Ja! ¡Ja! —exclamó riendo Mariana—. Debo confesarle que su inesperada declaración es cómica.

—Todas las declaraciones lo son. ¡Cómo que las debíais de hacer vosotras, las mujeres!

—¿Ah, sí...?

—Estaríais muy atractivas paseando nuestros balcones bajo la luz de la luna. En serio: ahora, ¿quiera que me ponga de rodillas para decirle una u mil veces, en todos los tonos, que estoy loco por usted?

—No.

—Entonces, ¿qué he de hacer para convencerte, para romper esa coraza de hielo en que te envuelves...? Eres una muñeca testaruda, incapaz de sentir amor por nadie. ¿No tengo razón...? ¡Contesta! ¡No es cierto...! ¡No tienes corazón ni sentimientos!

—¿Usted cree...?

—¡No quisiera creerlo! No, Mariana; terminemos esta co-

media que a nada conduce. ¿Tú me quieres...? Mariana, contesta...

—Yo no puedo traicionar a las otras. ¿Cree usted, acaso, que he fundado esta casa con el solo objeto de hacerle perder a usted la cabeza por mí...? Ellas sí que tienen ciega confianza en mí...

—¡Oh! Sí, ciega... Pregúnteles y se convencerá.

—Pues claro. ¡Francisca! ¡Lotte! ¡Kate...! ¡Oh! ¡Han salido sin decirme nada!

—¡Sin decirle nada! Estaba previsto. El café ha sido delicioso. La tarde muy agradable y aprovechada para el que quiera sacar de ella las inevitables enseñanzas... Francisca, Lotte y Catalina han salido porque el amor las estaba aguardando a fuera. Nosotros, no tenemos necesidad de salir... ¿No le parece a usted, Mariana?

—Tiene usted razón. ¿Quién sabe...?

—Tú has nacido para mandar. Mandarás en mí y en nuestros hijos.

—No, Kohlund. Es triste mandar.

—¡Bah! Las mujeres superiores son fuertes.

—Y yo, ¿lo soy...?

—¡Claro que lo eres! ¡Quién se atreve a dudarlo! Una nueva Walkyria acostumbrada a luchar y a vencer con un desprecio absoluto por los hombres. Habrá que someterse. No temas que vaya a hacerte una nueva declaración de amor.

—Es que yo —contestó mimosamente Mariana—, quisiera a mí vez...

—¡Chist! —contestó Kohlund, atrayéndola hacia sí—. ¿Qué vas a decir, desgraciada...? Si algún hombre intentara cambiar tu modo de ser, échalo como hiciste antes conmigo. Oye una cosa: ¿quieres que nos casemos sin que tenga que declararme otra vez...?

La unión de dos labios en un purísimo beso de amor fué la contestación a la pregunta.

El pacto de las cuatro se había roto. Pero quedó latente, firme y amoroso el pacto de Mariana y Kohlund, de Lotte y Hintze, de Catalina y Martín y de Francisca y el viejo profesor Lange.

El amor dominó por encima de todos los pactos, de las edades y de los negocios.

¡Es lo que tenía que ser!

F I N



## EDITADAS Y EN EXISTENCIA:

- 14. *Siete bofetadas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 15. *El Capitán Costall*, por Olga Tschechowa y Karl Diehl.
- 17. *Balle en el Metropol*, por Henri George y Viktoria von Ballasko.
- 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.
- 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Janssen.
- 20. *Exterminio*, por Buck Jones.
- 21. *Rosas Negras*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
- 23. *Caballería ligera*, por Marika Röck y Fritz Kampers.
- 24. *Impetus de juventud*, por Sylvia Sidney y Herbert Marshall.
- 25. *Un mal paso*, por Keen Maynard.
- 27. *Crepúsculo Rojo*, por Rodolf Forster.
- 28. *El Trio de la Fortuna*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 29. *La que apostó su amor*, por Bette Davis y George Brent.
- 30. *Catalina*, por Franziska Gaal y Abns Holt.
- 31. *La Rosa de los Tudor*, por Nova Pilbeam y Ledrit Ardwicke.
- 32. *Escándalo estudiantil*, por Kent Taylor y Arline Judge.
- 33. *Oriente contra Occidente*, por George Arliss y Lucie Mannheim.
- 34. *El Doctor Sócrates*, por Paul Muni y Ann Dvorak.
- 35. *Vals Real*, por Willi Forst y Heli Finkenzeller.
- 36. *El Agente Secreto*, por Robert Young y Madeleine Carroll.
- 38. *La Voz seductora*, por Marta Eggerth y Paul Hartmann.
- 40. *La vuelta al hogar*, por Zarah Leander.
- 43. *Una semana en la Luna*, por Anny Ondra y Hans Shonker.
- 46. *Concierto en la Corte*, por Marta Eggerth y Johannes Heesters.
- 47. *Agallas heroicas*, por James Cagney, Pat O'Brien y June Travis.
- 48. *Mares turbulentos*, por Jack Holt, Diana Gibson y Grace Bradley.
- 49. *Luchadores del Oeste*, por Bob Baker y J. Farrell Mac Donald.
- 50. *La Dama de Montecarlo*, por Franziska Gaal.
- 51. *La bailarina vienesa*, por Lillian Harvey y Rolf Moebius.
- 52. *El doble del Rey*, por Alberto Matterstock y Gusti Huber.
- 53. *Brazos de acero*, por Victor Mc. Laglen y Binnie Barnes.
- 54. *Wolga-Wolga*, por Hans Adalbert y Wera Encels.
- 55. *Valle prohibido*, por Noah Beery Jr. y Frances Robinson.
- 56. *Capricho*, por Lillian Harvey y Paul Staal.
- 57. *Búscuenme una novia*, por Herbert Marshall y Jean Arthur.
- 58. *Cuatro amigos*, por Victor Mc. Laglen.
- 59. *Mares del Sur*, por John Wayne y Diana Gibson.
- 60. *Ojo por ojo*, por Buck Jones.
- 61. *Alarma en la ciudad*, por Boris Karloff y Jean Rogers.
- 62. *Su primera escapada*, por Jackie Cooper y Joseph Calleia.
- 63. *Contrabando*, por Hans Albers y Lotte Lang.
- 64. *Millonario a sueldo*, por George Murphy y Alice Faye.
- 65. *La Excéntrica*, por May Robson.
- 66. *El potro indomable*, por Ken Maynard y Ruth Hall.
- 67. *Por mandato imperial*, por Hansi Knoteck y Otto Gebühr.
- 68. *El Valle del Infierno*, por Buck Jones.
- 69. *Luz a Oriente*, por Pat O'Brien y Josephine Hutchinson.
- 70. *La Sirena del Puerto*, por Dolores del Río y Richard Dix.
- 71. *Deuda de Honor*, por Ken Maynard.
- 72. *La última Singladura*, por Sir Guy Standing y Richard Cromwell.
- 73. *Receta de Amor*, por Kent Taylor y Vendy Barrie.
- 74. *Las Perlas de la Corona*, por Sacha Guitry y Jacqueline Delubac.
- 75. *Titanes de la velocidad*, por John Wayne y Louise Latimer.
- 76. *Noche embrujada*, por Zarah Leander y Hans Stuwé.
- 77. *La Pensión misteriosa*, por Tom Walls y Renée Saint-Cyr.
- 78. *El hijo del Cuatrero*, por Buck Jones.
- 79. *Carta de presentación*, por Adolphe Menjou y Andrea Leeds.
- 80. *La Canción del Desierto*, por Zarah Leander y Gustav Knuth.
- 81. *Camino de la felicidad*, por Randolph Scott y Glenda Farrell.



Num 82